

“Yo no veo aquí más que miserias”: Enfermedad social y capitalismo “humanitario” en *En las tierras del Potosí*

Ana Lucía Tello

University of California, Berkeley

Abstract

This essay proposes reading Jaime Mendoza's *En las tierras del Potosí* (1911) as a diagnosis of the “national disease.” Mendoza explores the multiple obstacles the Bolivian nation faces on its way to modernity. By highlighting workers' health issues in the Llallagua tin mines, the novel denounces the mining company's exploitative practices. However, the company's actions have a much deeper impact, leading to the moral decomposition of the entire social body. In this way, the “barbarism” of the workers is produced by capitalism and therefore cannot be reduced to racial or geographical factors. Yet, the solution that the novel proposes is not the eradication of capitalism but the implantation of a capitalism driven by a “humanitarian motive.” Another cause of the failure of the modernizing project described in the novel is the undisciplined bodies of women. Failure to adequately fulfill the maternal role puts the nation's “healthy future” at risk. Thus, the modernizing project faces two great obstacles: Indigenous women, and a capitalism that produces poverty, disease, and death. Though the first obstacle escapes the field of medical knowledge, the second can be overcome through disciplinary practices such as improved hygiene. Confidence in overcoming the second

obstacle, however, is more than anything a compensatory maneuver, because as long as the first obstacle persists, any attempt to turn the Indian into a modern, clean, and disciplined subject is doomed to fail.

Keywords

Capitalism, discipline, disease, humanitarianism, hygiene, mining

Resumen

Este ensayo propone leer *En las tierras del Potosí* (1911), de Jaime Mendoza, como un diagnóstico de la “enfermedad nacional”. En esta novela, el autor explora los múltiples obstáculos que la nación boliviana enfrenta en su camino hacia la modernidad. Por un lado, al retratar los problemas de salud de los obreros en las minas de estaño en Llallagua, la novela denuncia la explotación por parte de la compañía minera. Sin embargo, el impacto de las acciones de la compañía es mucho más profundo: produce la descomposición moral de todo el cuerpo social. De esta manera, la “barbarie” de los obreros es producida por el capitalismo, y por tanto no puede ser reducida a factores raciales o geográficos. No obstante, la solución que propone la novela, no es la erradicación del capitalismo, sino la implantación de un capitalismo impulsado por un “móvil humanitario”. Por otro lado, los cuerpos indisciplinados de las mujeres son señalados como otra causa del fracaso del proyecto modernizador. No cumplir adecuadamente con el rol materno pone en riesgo “el futuro saludable” de la nación. Así, son dos los grandes obstáculos que enfrenta el proyecto modernizador: un capitalismo que produce pobreza, enfermedad y muerte, por un lado, y las mujeres indígenas, por el otro. Mientras el primer obstáculo escapa al campo de acción del saber médico, el segundo puede ser superado a través de prácticas disciplinarias como la higiene. Empero, la confianza en la posibilidad de superar el segundo obstáculo es más que nada una maniobra compensatoria, pues mientras persista el primer obstáculo todo intento de convertir al indio en un sujeto moderno, limpio y disciplinado está condenado al fracaso.

Palabras Clave

Capitalismo, disciplina, enfermedad, higiene, humanitarismo, minería

Tras graduarse de médico en 1901, Jaime Mendoza (1874-1939) se trasladó a los centros mineros del norte de Potosí, en Bolivia, para ejercer su

profesión. De sus experiencias en esta región, tomó el material para su primera novela: *En las tierras del Potosí* (1911). En ella, narra las aventuras de Martín Martínez, un joven estudiante de derecho que abandona Sucre, su ciudad natal, para buscar fortuna en las minas de estaño en Llallagua, al norte de Potosí. Camino a Llallagua, Martín se reencuentra con Emilio, un antiguo compañero de escuela convertido en rescatador.¹ Durante su estadía, también traba amistad con don Miguel, un antiguo contratista;² con Lucas, un ladrón de buen corazón; y con el médico de la compañía minera. Hacia el final, Martín espera ansiosamente ser ascendido luego de largos meses de intenso trabajo y sacrificio. Sin embargo es despedido, pues dada su amistad con Emilio la gerencia sospecha que es cómplice de los rescatadores. Así, aunque Martín abandona Sucre con grandes expectativas, regresa "tan pobre como había salido" (245), pero cargado de la riqueza de la experiencia.

La novela está narrada principalmente desde la perspectiva de Martín. Solo en tres momentos el narrador abandona esta perspectiva para seguir a otros personajes: Emilio, Lucas y el médico. De esta manera, la mirada es siempre la de alguien externo al cuerpo social, ya que todos estos personajes son forasteros, aunque con distintos grados de integración a la sociedad llallagueña. Así, Martín es una suerte de etnógrafo que observa las prácticas de los llallagueños y recurre a don Miguel o al médico en busca de explicaciones para entender mejor sus comportamientos.

Este ensayo propone leer *En las tierras del Potosí* como un diagnóstico de la "enfermedad nacional". En la primera sección, se ofrecerá un panorama de los debates de la época en torno al tema de la enfermedad nacional. En la segunda y tercera sección se examinarán los dos grandes obstáculos que la nación boliviana enfrenta en su camino hacia la modernidad, de acuerdo con la novela, y las terapéuticas que la novela ofrece para vencer dichos obstáculos. Finalmente, en la cuarta sección, se analizará la ambigüedad de la cura que propone la novela.

En *En las tierras del Potosí*, el autor identifica dos grandes obstáculos que enfrenta el proyecto modernizador: un capitalismo que produce pobreza, enfermedad y muerte, por un lado, y las mujeres indígenas que se distancian

¹ Los rescatadores son "especuladores dedicados a comprar mineral robado" (Alonso 195).

² Un contratista es un "obrero o grupo de obreros que realizan trabajo a destajo o como trabajadores por cuenta propia" (Alonso 72).

de los roles domésticos, por el otro. Para superar el primer obstáculo, la novela no propone la erradicación del capitalismo, sino la implantación de un capitalismo impulsado por un “móvil humanitario” (172). En cuanto al segundo obstáculo, la novela aboga por el disciplinamiento de las mujeres indígenas a través de la higiene. Esta campaña de higiene también responde a un “móvil humanitario”, de modo que no es una terapéutica distinta. De hecho, el disciplinamiento de las “cholas” a través de la higiene es un ejemplo ilustrativo de cómo funciona el humanitarismo dentro de la novela.

No obstante, la novela no percibe la imposibilidad de su empresa: la tarea de convertir al indio en un sujeto moderno, limpio y disciplinado está imposibilitada por las condiciones creadas por el capitalismo. La novela misma sostiene que la “barbarie” de los llallagueños es producida principalmente por el capitalismo, y no por factores raciales o geográficos. Así, *En las tierras del Potosí* puede ser leída como una novela de tesis fallida. Si bien el diagnóstico de la “enfermedad nacional” es claro, la ambigüedad de la terapéutica no se resuelve: si el capitalismo es la raíz de la “barbarie”, esta no podrá ser desterrada con campañas de higiene u otras medidas humanitarias.

1. El pensamiento criollo de la época

En Latinoamérica, tras la independencia de las colonias, surge el problema de cómo “fabricar” ciudadanos para las nuevas naciones. En este escenario, literatura y medicina establecen un pacto con el objetivo de disciplinar al cuerpo social.³ Mientras la literatura construye comunidades nacionales imaginadas, la medicina identifica a los grupos que son presa de la enfermedad y propone una serie de regulaciones para mantener el cuerpo sano y la moral intacta.⁴ De acuerdo con Gabriela Nouzeilles, así como “la máquina narrativa

³ De acuerdo con Nouzeilles, puesto que la medicina es el discurso dominante con el cual hablar del cuerpo y lo social, la literatura toma prestados temas y técnicas del archivo médico y estructura sus ficciones a partir del caso o la historia clínica. Del mismo modo, los médicos encuentran en la literatura “ejemplos con que ilustrar sus teorías, y recursos estilísticos con que acrecentar la fuerza persuasiva de sus hipótesis” (63). A los médicos les atrae sobre todo la eficacia persuasiva y la repercusión pública de la novela naturalista, pues la escritura médica carece de estas (66).

⁴ Según Michel Foucault, en “La política de la salud del siglo XVIII”, es a partir de este siglo que la salud y el bienestar físico de la población se convierten en uno de los objetivos principales del poder político (277). En este contexto, la medicina adquiere una importancia cada vez mayor en el sistema administrativo y la maquinaria del poder. Así, el médico es el gran experto en el arte de disciplinar el cuerpo social y de mantenerlo en permanente estado de salud (Foucault 284). Para asegurar la salud tanto individual

de la nación produce iguales", también "sistemáticamente expulsa de la comunidad imaginaria nacional a aquellos a los que identifica como variantes de lo espúreo y lo extranjero" (11). Precisamente, en esto último, la medicina cumple un rol fundamental: es "la fuente privilegiada de saber para diagnosticar las condiciones de la salud social" (Nouzeilles 20). Así, el escritor naturalista⁵ es una suerte de "médico social", "capaz de diagnosticar enfermedades invisibles" y llegar al origen de los males (66).

Entonces, la novela naturalista les ofrece a los médicos un modo suplementario "con que intervenir sobre la sociedad y sus males" (Nouzeilles 66). Por eso, en este contexto, no es inusual encontrar médicos que también se dedican a la literatura o la política, como es el caso de Jaime Mendoza.⁶ Según Nouzeilles, aunque la retórica médica del cuerpo fue sobre todo "un arma punitiva en manos de los poderosos", los obreros también "apelaron al problema de la salud con el fin de defender sus derechos a una vida mejor" (28). Precisamente, en *En las tierras del Potosí*, la retórica médica del cuerpo cumple estas dos funciones a la vez. Por un lado, denuncia las condiciones de explotación que impone la compañía minera. Por otro lado, también es un arma para sancionar a las mujeres por abandonar su ámbito "natural", el espacio doméstico. *En las tierras del Potosí* comparte con la novela naturalista la pretensión de diagnosticar la enfermedad social, es decir, de analizar en detalle las manifestaciones de la enfermedad hasta llegar a sus causas subterráneas. Sin embargo, en la novela de Mendoza, aunque el saber médico permite llegar a un diagnóstico de la enfermedad social, falla en su intento de restablecer la salud del cuerpo social. Así, dado que la novela pone en duda los alcances del saber médico, no calza perfectamente en los parámetros establecidos por Nouzeilles.

como colectiva, el médico enseña las reglas básicas de la higiene, relacionadas a la alimentación, la sexualidad, el control del espacio, etc.

⁵ En su ensayo "La novela experimental" (1880), Émile Zola adapta el método experimental, desarrollado por Claude Bernard, a la novela. Para Zola, el novelista es tanto un observador como un experimentador. Mientras el observador ofrece los hechos tal como los percibe y monta el escenario sobre el cual los personajes actúan y el fenómeno se desarrolla, el experimentador coloca a los personajes en condiciones particulares para mostrar la sucesión de hechos que produce el fenómeno. Así, el novelista alcanza un conocimiento científico sobre el ser humano, y una vez logrado el control sobre los mecanismos de la pasión, es posible tratarla o por lo menos reducirla hasta volverla inofensiva.

⁶ Jaime Mendoza ejerció el cargo de diputado y luego de senador. También fue candidato a la presidencia.

En la Bolivia de los primeros años del siglo XX, el panorama era desolador: la guerra civil de 1899; la masacre de Mochoa en 1899, “en la que indios aymaras mataron a 130 soldados criollos y cometieron actos de antropofagia” (Paz Soldán 12); la derrota en la guerra del Acre contra Brasil en 1903, con la cual Bolivia perdió abundantes recursos madereros, y “el tratado desfavorable con Chile en 1904, por el cual Bolivia renunciaba a la salida al mar a cambio de una compensación económica” (Paz Soldán 13). En este contexto, varios intelectuales bolivianos buscaron las causas de la inestabilidad republicana en “los tres factores principales identificados por el pensamiento determinista del francés Hippolyte Taine (*race, milieu, moment*)” (13) [raza, medio y momento histórico]. No obstante, en la mayoría de los casos predominó el factor racial como explicación a los males del país.

Entre los intelectuales que participaron en los debates sobre “la cuestión del indio” destacaron Alcides Arguedas⁷ (1879-1946) y Franz Tamayo (1879-1956). Según Edmundo Paz Soldán, “en el lenguaje médico-biológico de la época, que concebía a las naciones como organismos, Arguedas [...] sería el doctor encargado de diagnosticar los males del ‘pueblo enfermo’ y proponer una ‘terapéutica’” (14). Precisamente, uno de sus libros se titula *Pueblo enfermo* (1909), y en él explora las múltiples causas de la enfermedad nacional. A pesar de sus esfuerzos por regenerar el cuerpo de la nación a partir de una revolución moral, Arguedas finalmente se convence de que la modernidad en Bolivia es un proyecto irrealizable, pues “la mayor parte de la ‘sangre’ del organismo nacional pertenece a un ser atávico, pre-moderno” (Paz Soldán 82). No obstante, el mestizo es más peligroso para la nación que el indio, pues, debido a la mezcla racial, es un ser degenerado. Si bien Arguedas y Mendoza se conciben a sí mismos como médicos cuya tarea es diagnosticar la enfermedad nacional, la diferencia entre sus proyectos radica en que para el segundo la explicación de los males no se reduce únicamente a factores geográficos o raciales, sino que también abarca estructuras económicas.⁸

A diferencia de Alcides Arguedas, Franz Tamayo proclama la superioridad física y moral del indio frente al blanco y al mestizo. Para Tamayo, la “gran cualidad” del indio es “la suficiencia de sí mismo”, “la propia suficiencia que le

⁷ Fue Arguedas quien escribió el prólogo a *En las tierras del Potosí*.

⁸ En este sentido, resulta interesante la crítica de Tristán Marof a Alcides Arguedas, a quien tilda de “huérfano de observación económica” (80). En su crítica a Arguedas, Marof se pregunta cuál es la enfermedad del pueblo boliviano y se responde: “la única enfermedad que le carcome es la pobreza” (80).

hace autodidacta, autónomo y fuerte" (57-58). De acuerdo con Josefa Salmón, "esta nueva imagen del indio es un cambio radical de la aceptada imagen de pasividad e inactividad del indígena" (79). Puesto que la raza indígena está asociada a valores positivos y es la base del carácter nacional, "Tamayo arguye que la educación debe estimular las 'naturales disposiciones' del indio" (Salmón 81), en lugar de imponer modelos europeos.

Josefa Salmón agrupa a Jaime Mendoza con Franz Tamayo, pues para ambos el medio es un "factor geográfico positivo que determina el carácter nacional" (52). En *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* (1925), Mendoza propone que el indio adquiere sus cualidades admirables por la acción del medio. Es decir, con el transcurrir del tiempo, el medio se infiltra en el organismo del indio, de tal modo que produce determinadas cualidades en él, las cuales se transmiten de generación en generación. Entonces, es una mezcla de medio y herencia la que hace del indio un "tipo resistente y fiero" (80). De esta manera, Mendoza resalta el valor del indio y apuesta por la educación para potenciar ese valor y asimilar al indio a la nación. Solo siendo un país unido, Bolivia podrá ser un país fuerte, y solo así podrá emprender la reconstrucción de su territorio, pues en la ruptura de su unidad geográfica está el origen de "sus males pasados y actuales" (30).⁹

De acuerdo con Salmón, en el discurso indigenista boliviano predomina una ideología de dominación que "parte de una concepción del indio como materia que hay que formar ya que no tiene los 'requisitos necesarios' de dignidad humana" (25). La élite boliviana buscó la transformación del indio principalmente a través de la educación, aunque esa transformación realmente significó una "transculturación de indio a mestizo" (Salmón 27). Detrás de estos esfuerzos de aculturación indígena, estaba la idea de "la necesidad de una homogeneidad racial para la estabilidad y el progreso del país" (40). Si bien en *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* Mendoza no aboga por la aculturación indígena o por la homogeneidad racial, sí concibe al indio como "un terreno virgen donde una inteligente y tesonera educación podrá obtener

⁹ De acuerdo con Mendoza, cuando se delimitan las fronteras de las nuevas naciones sudamericanas, Bolivia no ocupa toda la meseta andina, de manera que su unidad geográfica queda rota. Es por esta razón que Mendoza sostiene que Bolivia nace con un defecto original, el cual explica "sus males pasados y actuales" (30). Esta situación se agrava con las posteriores pérdidas territoriales frente a los países vecinos. Entonces, la tarea de Bolivia es corregir ese defecto original, es decir, "ocupar el marco físico que le corresponde por los dictados de la Naturaleza" (55).

en el futuro consecuencias incalculables” (79). De esta manera, aunque reconoce las cualidades admirables del indio y sus grandes aportes a la nación,¹⁰ no escapa por completo a la ideología predominante en que la élite se percibe a sí misma como “ente transformador”, mientras que al indio se le reduce a “materia que hay que formar”.

Según Marcia Stephenson, la higiene cumplió un rol fundamental en la “producción” de cuerpos dóciles y racialmente aculturados (1999, 111). En el discurso criollo hegemónico, ser sucio estaba asociado a la enfermedad física y moral, y al deseo pervertido. Así, a través de la higiene, se reforzaba la línea divisoria entre los cuerpos sucios, patológicos, desordenados —cuerpos indígenas— y los cuerpos limpios, normalizados —cuerpos criollos— (1999, 121). En *En las tierras del Potosí*, la preocupación por la higiene también es central; sin embargo, los esfuerzos por disciplinar a los llallagueños de acuerdo con estas prescripciones están condenados al fracaso por un sistema económico que produce desorden y patologías. Entonces, la novedad que introduce la novela a los debates criollos sobre “la cuestión del indio” es la atención a las estructuras económicas, las cuales no se circunscriben al espacio representado en la novela, Llallagua, sino que se conectan a un circuito global.

2. El capitalismo: la enfermedad social

En *En las tierras del Potosí*, los obreros continuamente contraen enfermedades como tifus y silicosis, y sufren accidentes a causa de las condiciones laborales infrahumanas en las minas. No obstante, la contaminación producida por la compañía minera afecta a todo el pueblo: “Aquí el estaño está en todas partes: en el seno de la tierra y en su superficie, en la arena, en las piedras, en el agua... [...] y, por ende, en la ropa de las personas, en su piel, en sus pulmones, en su estómago [...]. En su cerebro sobre todo. Hay muchos en que el estaño produce tal obsesión, que bien se puede decir que tienen el cerebro de puro estaño.” (34). El estaño lo invade absolutamente todo, ingresa tanto a los organismos de los llallagueños como al medioambiente. En la novela, abundan las descripciones del ambiente:

¹⁰ Según Mendoza, “[El indio] nos ha probado ya lo que vale [...] no obstante el desamparo en que lo tenemos, es todavía entre los elementos de trabajo que integran nuestro organismo, lo más sólido y productivo para la economía nacional [...]. Como soldado, sencillamente no tiene igual” (1925, 79-80). Aunque resalta la importancia del indio para la nación, también lo reduce a fuerza de trabajo.

Silbaba fúnebremente el viento del sud, azotando la descubierta nuca del joven, que no llevaba abrigo ninguno [...]. Martín encontraba á veces uno que otro caminante que ascendía en el cerro, arrugando todo el rostro en ademán de evitar el polvo que el viento le lanzaba de frente [...]. Todo le parecía á Martín detestable en aquellos momentos [...]. Y pensaba, en fin, en el aire de su pueblo natal, ese aire regalado y suave, tan distinto de este otro aire frío y polvoroso que respiraba en Llallagua. (77-9)

Por un lado, la insistencia en la geografía hostil del altiplano recuerda *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*. Sin embargo, la acción del medio no produce cualidades positivas en esta novela, sino, por el contrario, enfermedad y muerte. Por otro lado, el polvo que el viento arrastra en la cita anterior no apunta a un medio natural, sino a uno alterado por la minería: el polvo es el metal lavado de las minas.

En su análisis de *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera, Ericka Beckman afirma que si bien la selva —en tanto espacio primitivo— es culpada de la violencia, la amenaza de la naturaleza siempre está ligada a la acción humana. Es decir, la naturaleza nunca yace fuera del reino del capital, sino que es transformada en distintos grados por la acción humana guiada por un imperativo específico: producir mercancías (165). Entonces, si por un lado la selva es señalada como la causante de la locura, por otro lado es el caucho, la mercancía producida para el mercado global, el responsable (167). Esta idea también se aplica a *En las tierras del Potosí*: aunque el altiplano es presentado como un espacio primitivo dentro del cual hasta alguien como Martín puede sumirse en la "barbarie", la novela deja claro que es un espacio "producido" por la minería.

Tomando en cuenta que para Mendoza el medio ejerce una influencia importante sobre sus habitantes, en la novela la contaminación del medio por la compañía minera conduce a la degradación física y moral de los llallagueños, es decir, a su enfermedad. Cuando Martín le pregunta a Emilio por qué la gente anda tan sucia, este le explica: "¿Ni para qué se va a lavar? Fíjate en ese hombre que está con su máscara negra. Si se la saca a fuerza de agua y jabón, en media hora volverá a estar lo mismo. Aquí ya nadie cuida de lavarse" (35). La contaminación del medio afecta de tal modo a los llallagueños que limita su agencia al mínimo: de nada sirve que se aseen porque el polvo los volverá a cubrir. En este sentido, frente a las limitaciones que impone el medio contaminado, cualquier proyecto de disciplinamiento del cuerpo a través de la higiene está condenado al fracaso. Al mismo tiempo, al hacer hincapié en la resignación de los llallagueños, la novela descarta cualquier posibilidad de

rebelión. Cuando Martín le pregunta a don Miguel cómo la gente puede tolerar los abusos de la compañía, este responde: “Aquí la gente es muy dócil, muy sumisa, muy estúpida. ¡Somos unos pobres indios!” (76).

Como se mencionó, la explotación minera a cargo de la compañía no solo produce enfermedades físicas en los llallagueños, sino también su corrupción moral. Como le advierte don Miguel a Martín, “en lo moral, ya se puede deducir cómo es un hombre que vive en semejantes condiciones. Es abyecto, estúpido, malo, pervertido” (71). La perversión de los llallagueños se manifiesta en “egoísmos, odios, envidias y otras feas pasiones” (78). Cuando Martín se topa varias veces con el mismo grupo de borrachos a lo largo de un día, antes de juzgarlos, intenta explicarse su adicción a partir de la opresión en que viven: “¿Era que la abyección y desventura en que vivían esas gentes las impulsaba, una vez llegada la ocasión a entregarse, a modo de desquite, a una diversión que llegaba al embrutecimiento completo? ¿Era que la triste perspectiva de volver pronto a un trabajo penoso, a una vida irracional, las hacía aferrarse con desesperación a sus deportes báquicos?” (196).

Si bien en la novela el alcoholismo responde a un deseo de evasión ante una realidad miserable,¹¹ la novela también conecta esta adicción con el sistema económico que la sustenta. De hecho, sugiere que la misma compañía minera fomenta el alcoholismo de los obreros. La única tienda autorizada en el pueblo es la pulpería de la compañía. Los obreros se endeudan con la pulpería para adquirir bebidas alcohólicas; entonces, una vez que la administración de la compañía le paga a la pulpería estas cuentas, los trabajadores reciben solo un monto ínfimo de su salario o incluso nada. Cuando Martín le pregunta a don Miguel por qué la pulpería no deja de vender licor, este responde: “en tal caso, perdería la pulpería una de sus principales fuentes de ganancia, y eso no es aceptable para ella; de modo que seguirá alcoholizando a la gente con bebidas finas” (74). Como observa June Nash, la pulpería es uno de los mecanismos para controlar a los obreros: a través de ella, se crea un ciclo de deuda y dependencia que los ata a sus puestos de trabajo. Por eso, Nash sostiene que los obreros son explotados doblemente, como productores y consumidores (92). De esta manera, el alcoholismo de los llallagueños es producido por el capitalismo; la adicción es otro síntoma de la enfermedad social.

¹¹ Esta visión es la que predomina en *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas: “Huraño, hosco, desconfiado, busca el indio en el alcohol energías para sus músculos usados; se deja arrastrar por él, naturalmente, sin protesta. Ignora en absoluto su acción represiva, nadie le ha dicho que es un veneno: le da fuerzas, le distrae, y es todo lo que pide. Al indio no se le ve reír nunca sino cuando está ebrio” (59).

Debido a que la compañía ofrece salarios ínfimos a los trabajadores, muchos de estos roban parte del metal para venderlo en el mercado negro a un mejor precio. El robo del estaño está tan generalizado en el pueblo que participan en él hombres, mujeres y niños. Frente a esta situación, los personajes de la novela adoptan distintas posturas. Según don Miguel, los peones no solo roban por necesidad, sino también "por tener el gusto de hacer algún daño al patrón" (71)¹². Emilio más bien defiende las acciones de los obreros apelando a la explotación laboral de la que son víctimas y al dominio público de los recursos naturales: "¿De quién son, por ejemplo, las minas? De todos. Sólo por abuso, unos cuantos se apoderan de este patrimonio común. Ellos son los verdaderos ladrones" (31). Si bien la postura de Emilio recuerda hasta cierto punto a intelectuales de la época que demandaban la nacionalización de los recursos naturales, como se expondrá más adelante, es un personaje degradado moralmente, pues, aunque siente lástima por los trabajadores, se aprovecha de su miseria para enriquecerse. En su condición de rescatador, es él quien les compra el metal robado. No obstante, no solo se limita a comprar lo que los trabajadores le ofrecen, sino que él mismo los busca y los persuade para que roben cantidades mayores. Cuando uno de sus proveedores muere, Emilio no se lamenta por la pérdida de una vida humana, sino por el impacto que esta pérdida tendrá en su negocio. De este modo, los trabajadores están atrapados entre la explotación de la compañía y la codicia de los rescatadores, para los cuales no son más que un instrumento.

El contador y el médico de la compañía representan otras dos posturas frente al robo del estaño. Resulta interesante que el gerente de la compañía insista en escuchar la opinión del médico, con lo cual se reconoce la autoridad del saber médico para hablar de lo social. Para el médico, si las condiciones laborales fueran óptimas, los trabajadores no necesitarían robar. Sin embargo, el contador rechaza esta propuesta, pues el robo es solo la expresión de "la naturaleza salvaje" de los llallagueños:

¹² En la novela, robarle a la compañía es como un caso de falsa conciencia. Los altos funcionarios de la compañía comparan al obrero chileno con el obrero boliviano. Mientras el primero es "desalmado y valiente", y "no teme nada", el segundo es "tímido" y "poco avisado": "Los bolivianos solamente son rateros. Se contentan con poco. No asaltan ni matan" (167). Entonces, si los obreros creen que están perjudicando a la compañía robándole, en realidad estos robos poco la afectan, y los altos funcionarios prefieren estos robos a huelgas u otras manifestaciones de disidencia.

—¡Salvajes! —repitió el contador— Yo no acepto nada de eso. El obrero, por mucho que se le trate bien, seguirá robando, porque el instinto del robo está en su sangre; porque roba por vicio, porque roba por aquello del... del... ¿qué es?
 —¿Atavismo? —dijo uno.
 —Justamente.
 El médico y otros se rieron. (171)

De esta manera, el contador reproduce ideas vigentes en la época sobre el peso del factor biológico en el comportamiento de los indios. El contador también se lamenta por las limitaciones que “esta naturaleza salvaje” impone sobre el proyecto civilizador de la compañía minera: “Nosotros traemos aquí los capitales, la civilización. Queremos implantar grandes industrias, y no se reconoce. ¿No es esto ser salvajes?” (171). Así, para el contador, la causa de que Bolivia no pueda constituirse en una nación moderna reside en ese ser pre-moderno que la mantiene rezagada: el indio. No obstante, el médico le reprocha que su empresa civilizadora no responda a un “fin altruista” (171) o un “móvil humanitario” (172), sino a la codicia:

Ustedes no traen aquí la felicidad, aunque traigan la civilización. Felicidad y civilización no son sinónimos. La situación del obrero boliviano sigue y seguirá siendo pésima. Lo que, por otra parte, no es tan admirable si se tiene en cuenta que este es un país de salvajes”. (172)

El médico aboga por una “civilización” en otros términos, una que implique mejores condiciones de vida para todos. Sin embargo, como muestra la cita anterior, reconoce la importancia de la inversión extranjera para el proyecto civilizador.

En la novela, las ideas del contador sobre el indio como principal obstáculo en el camino hacia la modernidad son puestas a prueba. Desde la perspectiva del médico, “la cuestión del obrero” no es un problema exclusivo de Bolivia, sino que también está presente en “los mismos países que marchan a la cabeza de la civilización mundial, como Inglaterra ó Norte América”, que “son también aquellos en que el obrero está en peor situación” (172). Entonces, al incluir a Inglaterra y Estados Unidos, el médico descarta cualquier explicación al problema basada en el factor racial o geográfico. También descarta que la raíz del problema sea la clase política boliviana, pues en otros países con otras autoridades la situación del obrero es la misma. Entonces, para el médico, la raíz del problema es un sistema económico que produce pobreza, enfermedad y muerte. Así, el capitalismo es la enfermedad que está gangrenando el cuerpo social. No solo produce la enfermedad física de los

trabajadores, sino la corrupción moral de todo el cuerpo social, desde los altos funcionarios de la compañía que explotan a los peones, o los rescatadores que se aprovechan de la miseria de estos para enriquecerse, hasta los propios obreros que roban en venganza y se refugian en la bebida. Siguiendo a Andre Gunder Frank, Beckman sostiene que aquello que a primera vista parece formaciones sociales no-modernas o pre-modernas es en realidad producto de interacciones específicas con el sistema capitalista mundial (166).¹³ Por ello, propone que los escenarios representados en las novelas regionalistas no están fuera de las relaciones sociales del capitalismo moderno, sino más bien al centro de los regímenes de exportación de mercancías (XXVI). Si bien *En las tierras del Potosí* es anterior a la novela regionalista,¹⁴ las ideas de Beckman sobre esta clase de novela son iluminadoras: Llallagua no es un espacio que escape al capitalismo moderno; su "barbarie" no se explica porque se sitúe fuera o en un estadio anterior a este. Por el contrario, la novela deja claro que el capitalismo es el que produce la "barbarie", es este el que sume a los llallagueños en la miseria material y moral.

La postura del médico recuerda hasta cierto punto los planteamientos de José Carlos Mariátegui (1894-1930) y Tristán Marof (1898-1979), quienes enmarcan "el problema del indio" dentro de un problema mayor que es el carácter colonial de la economía. En *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), Mariátegui propone que "el problema del indio" es ante todo un problema económico: no es un problema étnico ni moral ni de educación. Su origen está en el régimen de la propiedad de la tierra, y se nutre de la subordinación a los intereses capitalistas británicos y estadounidenses. Así como Perú, aunque Bolivia logró su independencia política de España, mantuvo estructuras coloniales y continuó atrapada en la dependencia

¹³ Aunque los escenarios representados en las novelas regionalistas no están fuera de las relaciones sociales del capitalismo moderno, a menudo las relaciones laborales dentro de esos espacios no son modernas, sino casi feudales. Precisamente, con respecto a la explotación del caucho, Beckman señala que mientras en Europa y Estados Unidos predominó el trabajo asalariado capitalista, la extracción de materia prima en el Amazonas generó más bien formas contemporáneas de esclavitud y peonaje por deudas (161).

¹⁴ Según María Teresa Medeiros, Jaime Mendoza "es un precursor de la americanización del tema novelístico" (26). En un contexto literario en que predominaba la novela modernista, con personajes que pertenecían a una burguesía europeizada y un ambiente urbano, el protagonista de Mendoza se interna en el altiplano boliviano. Por esta razón, de acuerdo con Medeiros, la obra de Mendoza se adelantó a novelas como *La vorágine* en desarrollar "el conflicto del civilizado que penetra y descubre la 'barbarie' de su país" (26).

económica. La explotación de los obreros es una prolongación de la mita minera, un sistema de trabajo forzado establecido por los españoles que no era sino otra forma de esclavitud. Salmón observa que a inicios del siglo XX el centro de la industria del estaño —la fundición— se encontraba en Inglaterra y luego se trasladó a Estados Unidos (90). Esta marginalización de la industria nacional a favor de la extranjera “se apoyó en el argumento de que la industria pertenecía a los países más civilizados”, de modo que “Bolivia no era ‘apta’ ni ‘adaptable’ para un desarrollo industrial nacional” (90).

Para Mariátegui, ningún intento de solucionar “el problema del indio” desde la prédica humanitaria, la acción religiosa o la educación lo logrará mientras persista el latifundismo, de origen colonial (35). En otras palabras, la reivindicación del indio no es posible mientras se mantenga el carácter colonial de la economía. Tristán Marof coincide con Mariátegui tanto en el diagnóstico como en la terapéutica. Para Marof, en *La justicia del inca* (1926), la única solución a la esclavitud y miseria en que vive la población indígena, por un lado, y la dependencia económica de Bolivia, por el otro, es la reivindicación económica: “tierras al pueblo y minas al Estado” (32). Según Marof, si los negocios permanecen en manos de extranjeros sin escrúpulos, la riqueza del país será explotada hasta ser extinguida y siempre en provecho de los extranjeros, de ahí la necesidad de que el estado se encargue de la extracción minera. Entonces, para Marof, la revolución es imperiosa: las conciliaciones y los términos medios “empeoran y no salvan el problema” (73). Del mismo modo, “todos los consejos sentimentales están demás, tanto de propios y extraños” (68).

Adelantándose a Mariátegui y Marof en cierta medida, para Mendoza el problema de los llallagueños es, ante todo, un problema económico que no puede desligarse de la marginalización económica del país. Sin embargo, a diferencia de Mariátegui y Marof, Mendoza no escapa de la prédica humanitaria cuando el médico le increpa al contador que su empresa civilizadora no persiga un “fin altruista”, ni procure “la felicidad” de los llallagueños. La prédica humanitaria también está presente en las palabras de la otra voz autorizada de la novela, don Miguel, quien resalta la importancia de la caridad y el amor en las relaciones entre el patrón y el obrero. Entonces, aunque *En las tierras del Potosí* identifica al capitalismo como la enfermedad social, la terapéutica que propone no es la erradicación del capitalismo, sino la implantación de un “capitalismo humanitario”. Mendoza apuesta por las conciliaciones y los términos medios: por un lado, despertar el altruismo de los altos funcionarios de la compañía, como pretende el médico; por otro, exigir

que el estado cumpla su función supervisora para que la compañía respete los derechos de los obreros, como demanda don Miguel. Según June Nash, aun si los servicios provistos en los campamentos mineros fueran eficientes, están inscritos en relaciones y actitudes paternalistas (96-97). El capitalismo "humanitario" que propone Mendoza es también uno inscrito en relaciones y actitudes paternalistas. Mendoza está predicando que las compañías mineras provean mejores servicios a los obreros —vivienda, salud, alimentación, etc.—, pero sin modificar las estructuras económicas que sostienen estas relaciones laborales.

Si bien el capitalismo gangrena todo el cuerpo social, desde la perspectiva de Martín son dos los personajes que se salvan de la enfermedad: el médico y Lucas. Son los únicos que no están degradados moralmente. Aunque en un inicio Martín cree que don Miguel también escapa al mal social, y se aficiona a su compañía, luego descubre que este es una presa más de la enfermedad, cuando recae en el alcoholismo durante el carnaval. Los dos personajes que se libran de la enfermedad social, el médico y Lucas, no son indios, sino forasteros, y sus acciones están guiadas por impulsos humanitarios. A pesar de que el médico trabaja para la compañía minera y en ese sentido su principal función es asegurar la salud de los obreros para así garantizar su efectividad laboral, es un héroe civilizador.

Lucas es un personaje misterioso, del que solo se sabe "que su país era muy lejano" (86). No trabaja para la compañía, pero es quien roba la mayor cantidad de metal. Así, Lucas no forma parte de la mano de obra asalariada. Además, todo el dinero que gana robando lo reparte entre los demás: "Cuanto dinero ganaba lo derrochaba sin tasa entre hambrientos, mujerzuelas, truhanes, enfermos, viejos, niños y aun delincuentes" (86). Lucas no contrae la enfermedad social precisamente porque no participa del modo de producción capitalista. Sin embargo, muere de fiebre tifoidea. Si bien el médico es contactado demasiado tarde, confiesa que así "hubiese llegado aún a tiempo de salvar a Lucas, lo habría sentido" (218). Según el médico, "Lucas hace bien de morir", pues "es un ser que no debe continuar en este mundo, que es una perrería para él" (218).

Así, la muerte es la única forma de mantenerse incorrupto en un ambiente tan degradado: "La muerte, para muchos, es una liberación" (218). En este pasaje de la novela el médico reconoce abiertamente su impotencia. Así pudiera curar la enfermedad física, la amenaza de la enfermedad social se mantendría latente. De este modo, el saber médico se ve limitado frente a la "barbarie" desatada por el capitalismo. El médico sabe que

mientras las condiciones impuestas por la compañía se mantengan, no puede salvar a Lucas de ser arrastrado por la vorágine del capitalismo. Quizás sea por esta razón que, como máximo, a lo que el saber médico puede aspirar es a disciplinar los cuerpos desordenados de los llallagueños a través de la higiene.

3. La mujer llallagueña: otro obstáculo para la modernización

Martín es otro personaje que no contrae la enfermedad social, aunque para asegurarse de que ello no suceda tenga que abandonar el ambiente degradado de Lllallagua al fin de la novela: “Lllallagua, Emilio, Lucas, Claudina, se iban esfumando atrás como figuras quiméricas. ¿Qué importaba todo eso? Un poco de lodo, de dolor y de miseria amontonados. *Pero él había pasado el charcal sin ensuciarse*” (245, mi énfasis).

Según Marcia Stephenson, en Bolivia los discursos criollos sobre la modernidad continuamente resaltan la línea divisoria entre un interior familiar, civilizado, y un exterior desconocido, barbárico. Por un lado, se espera que el “otro racializado” cruce esa frontera y se vuelva moderno, civilizado. No obstante, por otro lado, la posibilidad de cruzar esa frontera revela su inestabilidad, lo cual produce ansiedad en el imaginario criollo. Así, el deseo hegemónico se debate entre incorporar al otro y mantener al yo incorrupto (1999, 7). Martín ilustra esta posición criolla hegemónica. Dado que la novela utiliza el estilo indirecto libre, el lector tiene acceso a la interioridad del protagonista: Martín vacila entre la lástima que le despiertan los llallagueños y la ansiedad de contagiarse y convertirse en uno de ellos. En su temor de contagiarse de la “barbarie” de los llallagueños, se siente especialmente amenazado por las mujeres:

El, desde su llegada á Lllallagua, se sentía muy mal impresionado de las mujeres. Las cholas le causaban repugnancia, y, ciertamente, lo que veía en ellas no era para agradar á un joven de sus gustos. Aquellas mujeres, que ordinariamente estaban sucias y desarrapadas, y que sólo en ciertos días se presentaban lavadas á medias y vistiendo trajes chillones y ridículos, no podían encantar ni mucho menos los ojos de Martín, que se acordaba de la graciosa y elegante indumentaria mujeril que antes viera en Sucre. Martín, desde que llegó, se admiraba del mal gusto de Emilio y de otros á quienes les oía hacerse lenguas sobre la cholita tal ó cual. Consideraba aquello como un capricho, como una degeneración del gusto. (102)

Desde la perspectiva de Martín, la apariencia desaseada de las mujeres llallagueñas no puede desligarse de su corrupción moral. Según Stephenson, en los Andes bolivianos las diferencias raciales y culturales están más visiblemente marcadas en las mujeres, sobre todo en sus ropas, sus peinados, sus preferencias lingüísticas y su ocupación de espacios tanto públicos como privados (1999, 4). Precisamente, en la novela, mientras el narrador se refiere a los hombres llallagueños como peones, obreros o mineros, es decir por su clase social, en el caso de las mujeres, las denomina "cholas", llamando la atención sobre su condición étnica. Como muestra la cita anterior de la novela, las referencias a la vestimenta de las mujeres llallagueñas son continuas. De acuerdo con Stephenson, en el discurso criollo la pollera es un símbolo del cuerpo desordenado, contaminado, que solo puede ser limpiado una vez que la pollera es reemplazada por la falda "moderna" (1999, 5). Así, en *En las tierras del Potosí*, las mujeres del pueblo se distancian más del ideal moderno, civilizado que los hombres, y en ese sentido posan una amenaza mayor sobre el proyecto modernizador.

Aunque el énfasis del narrador en la clase social de los hombres llallagueños apunta al problema de la explotación por la compañía minera (Zulawski 45), al llamar la atención sobre la etnicidad de las mujeres llallagueñas, se sugiere que su condición de "cholas" es también la raíz de ciertos problemas. Como sostiene Stephenson, a medida que una mujer se acerca más al polo indígena, es más vinculada a la enfermedad y la contaminación. Así, el deseo moderno requiere reemplazar a la madre indígena por la mestiza occidentalizada a través de prácticas disciplinarias (1999, 4). Según Stephenson, frente a los obstáculos que la nación enfrentaba en su camino hacia la modernidad a causa de su heterogeneidad racial, los discursos nacionalistas le atribuyeron al cuerpo materno de la mujer criolla un sentido de deber nacional. La mujer criolla estaba llamada a educar a sus hijos a través del ejemplo de sus acciones. De esta manera, "el futuro saludable" de la nación dependía de ella (1999, 20). Es debido a esta importancia concedida al rol materno que Alcides Arguedas incluye al cuerpo femenino indisciplinado entre las causas de la decadencia del organismo nacional. Arguedas advierte que cuando habla de la mujer boliviana, se está refiriendo a "la mujer de raza blanca", pues "la mestiza y la india son analfabetas y no ejercen ninguna influencia en la marcha de la colectividad" (152). Como señala Paz Soldán, "lo que le preocupa a Arguedas, en el fondo, son las consecuencias de la frívola identidad de la mujer de clase alta en los hijos" (90). En contraste, para Jaime Mendoza las "cholas" sí ejercen una influencia importante: pueden ser ya sea

obstáculos o aliadas del proyecto modernizador, de ahí la necesidad de disciplinarlas y convertirlas en madres prototípicas, formadoras de futuros ciudadanos.

En *En las tierras del Potosí*, las madres son señaladas como las principales responsables de la alta mortalidad infantil, a pesar de que las condiciones creadas por el capitalismo son la causa fundamental. Casi a diario, Martín ve pasar por la plazoleta cortejos fúnebres de niños. Por eso, le pregunta a don Miguel si es una epidemia la que está acabando con la vida de tantos niños, a lo que este responde: “No hay ninguna epidemia. Pero para que aquí mueran los niños no hay necesidad de epidemias. ¿No ve usted cómo los tratan? Fíjese ahora mismo en esas mujeres [...]. Tratadas de esa manera las guaguas, no es raro que mueran diariamente” (66-67). Si bien la principal acusación de don Miguel contra las mujeres es su alcoholismo, también critica algunas prácticas de crianza propias de las mujeres indígenas. Don Miguel desaprueba que las mujeres envuelvan a sus bebés con mantas y una faja para cargarlos en la espalda: “Les ponen unas envolturas con las fajas tan apretadas, que las guaguas resultan más tiesas que un palo. Las tienen al frío, a la lluvia, al sol, a la nieve, al viento” (66). Sin embargo, de acuerdo con Patricia Ames, “el uso de la manta y el fajado para cargar a los bebés en la espalda en los Andes protege a los niños pequeños de los factores de estrés de un ambiente de gran altitud (temperaturas frías, sequedad, baja presión de oxígeno) y conserva su energía, mientras que al mismo tiempo los ayuda a adaptarse progresivamente a las características del ambiente” (21). Además, este método les permite a las mujeres realizar sus actividades diarias con sus bebés auestas. Precisamente, este es uno de “los problemas” en la novela: las mujeres no están recluidas en el espacio doméstico al cuidado de los niños pequeños, sino que cargan con estos durante toda la jornada. A Martín le impresiona que, mientras las mujeres trabajan en el terraplén, sus hijos de uno o dos años estén sentados a su lado.

Si bien a Martín le preocupan los efectos del estaño en la salud de los niños, su desconcierto también se debe a que estas mujeres, aunque son madres, se desvían de los roles domésticos. Su condición de madres no es un impedimento para que participen del espacio público como trabajadoras remuneradas. Esta situación representa un choque para Martín, pues, dado que proviene de la ciudad, está acostumbrado al discurso de la domesticidad. Además, Martín a menudo evoca el recuerdo de su madre, sobre todo en las dificultades: “¡echaba tanto de menos el dulce afecto de su madre! [...]. No parecía sino que quería volverse niño, y de buena gana, él, un mozo rollizo, se

habría acurrucado en el regazo de su madre, como un bebé de tres años. ¿No era, acaso, su madre el gran asilo, el único recurso, el postrer consuelo?" (78). De esta manera, la idealización de su propia madre, la madre criolla, sirve como punto de contraste a las mujeres llallagueñas. Según Fiona Wilson, el énfasis en la higiene como un asunto doméstico reforzó la división sexual del trabajo. Así, a la mujer le correspondían las tareas domésticas y las necesidades de higiene de la familia (175). Por eso, las mujeres llallagueñas que ocupan el espacio público con sus bebés a cuestas no cumplen adecuadamente con su rol materno.

En la novela, las mujeres también son criticadas por practicar la medicina tradicional (o popular) en lugar de recurrir al médico de la compañía. Según don Miguel, cuando un niño se enferma, "por el cuerpo de la pobre criatura se hace pasar los brebajes que no se pueden imaginar, siendo uno de los menos repugnantes el excremento" (67). De manera similar, cuando uno de los obreros contrae la fiebre tifoidea, su esposa le da de beber "un líquido negruzco" que dice ser "una infusión de hierbas indígenas" (127). Mientras el obrero está al cuidado de su esposa, su condición se agrava; sin embargo, una vez que interviene el médico, su salud se restablece.

De acuerdo con Ann Zulawski, a través de la figura del médico, Mendoza destaca la eficiencia de la ciencia médica frente a los remedios caseros y la medicina popular (46). En las primeras décadas del siglo XX, los médicos entrenados en las universidades estaban lejos de tener el monopolio de la atención de la salud (Zulawski 6). Según Nash, en los campamentos mineros los obreros desconfiaban de los médicos de las compañías, pues los asociaban a las malas prácticas de estas. Además, los obreros preferían tratarse con curanderos, porque los médicos no contaban con un saber especializado del cuerpo del obrero ni de los males que lo aquejaban (98-99). Entonces, un objetivo central para los médicos era probar la eficacia de la ciencia médica y desautorizar otras prácticas (Zulawski 22). En la novela, son las mujeres quienes administran los remedios caseros; sin embargo, según Zulawski, la gran mayoría de curanderos de la época, desde herboristas hasta hueseros, eran hombres. Por eso, Zulawski se pregunta si Mendoza busca desacreditar la medicina andina asociándola a las mujeres (50). En la época, además, los médicos también competían con las parteras. Para conquistar sus dominios, los médicos acusaban a las parteras de poner en riesgo las vidas de mujeres y niños con su falta de higiene y desconocimiento médico (136). Así, la crítica a los remedios caseros de las mujeres llallagueñas recuerda estas acusaciones contra las parteras.

Probablemente, en la novela se esté condenando a las mujeres por incursionar en un terreno que no les compete. Además, de acuerdo con Michel Foucault, el rol de la familia es ser intermediaria entre las políticas de salud pública y las necesidades individuales de atención y cuidado. Entonces, si bien la familia es la responsable de garantizar la salud de sus miembros, no por ello debe desconocer la autoridad del médico. Por el contrario, debe actuar siguiendo sus consejos. En la novela, las mujeres se resisten al rol de intermediarias en cierta medida, pues atienden las necesidades individuales de sus familias sin tomar en cuenta las políticas de salud pública, de las cuales el médico es portavoz. Así, la novela sugiere que en Bolivia hace falta imponer un modelo de ciudadanía en el que las mujeres sean parte del engranaje a través del cual el estado moderno controla a sus ciudadanos.

Si bien el abuso de alcohol está generalizado entre los llallagueños, las reacciones de Martín y don Miguel frente a la ebriedad de los hombres no son iguales a sus reacciones frente a la embriaguez de las mujeres. Según don Miguel, “en sus borracheras [las mujeres] se acuestan con frecuencia sobre ellas [las guaguas] y las ahogan” (66). Del mismo modo, durante el carnaval, Martín se sorprende de que un grupo de mujeres en estado de ebriedad cargue a sus hijos en sus espaldas: “iban cargadas de sus grandes bultos, muchos de los que consistían en criaturas que ya puede calcularse cómo estaban con las vueltas, y saltos, y caídas de sus madres” (175). Así, se condena el abuso de alcohol entre las mujeres principalmente porque interfiere con su rol de madres. Mientras en el caso de los hombres se entiende su alcoholismo por las estructuras económicas que lo producen, en el caso de las mujeres, aunque es causado por los mismos factores, se lo condena por sus efectos perjudiciales sobre la salud de los niños. Además, en varios pasajes de la novela se menciona que son las mujeres quienes presionan a los hombres a beber. Por ejemplo, cuando Martín busca huir de una fiesta, dos mujeres lo retienen a la fuerza e intentan obligarlo a beber. Así, las mujeres aparecen como agentes del contagio.

En su estudio del naturalismo argentino, Nouzeilles señala que, puesto que son considerados presas fáciles de la enfermedad, los grupos marginales —los gauchos, las mujeres, los obreros y/o los inmigrantes— representan una amenaza para la clase dirigente (21-22). Precisamente, tras una fiesta a la que es obligado a asistir, Martín se cuestiona si él también se ha contagiado de la adicción al alcohol: “Martín se despreciaba a sí mismo. Había descarrilado por completo; había olvidado, con la volubilidad de una *mujerzuela liviana*, sus

juramentos de no excederse más con la bebida. ¿Qué diría el doctor si le viese?" (184, mi énfasis). Aunque Martín ha aprendido a disciplinar su cuerpo, al entrar en contacto con otros cuerpos en descontrol, está en riesgo. Si bien la aversión que siente por las mujeres llallagueñas responde al aspecto sucio y descuidado de estas, también se explica porque estas se desvían de los roles domésticos y son agentes de la contaminación, capaces de sumir a los hombres en la "barbarie".¹⁵

El control del espacio también es importante en el discurso de la higiene. Los cuerpos enfermos —y más aun los cuerpos muertos— deben ser aislados, pues sus emanaciones son contaminantes (González Stephan 322). En la novela, uno de los obreros enfermos escupe "en el suelo, en las paredes y en la cama esputos ahumados o nauseabundos" cada vez que tose (41). En la casa de otro peón con fiebre tifoidea, los niños almuerzan alrededor de la cama del enfermo, mientras que la mujer descansa en la misma cama. La no reubicación del cuerpo enfermo también responde a que muchas de estas viviendas consisten de una única habitación, sin divisiones internas. Estas viviendas son descritas como "asquerosos chiqueros en que estaban confundidos hombres y animales" (41). Una misma habitación contiene la cocina, la despensa y el dormitorio, y alberga también a los animales. Si bien en la novela las condiciones de vivienda están enmarcadas en la situación de explotación de los mineros, de acuerdo con Stephenson, esta distribución del espacio doméstico era común en las zonas rurales de Bolivia. Frecuentemente, no había una división clara entre el interior y el exterior de la casa; por eso, personas que no pertenecían a la familia inmediata a menudo circulaban dentro de la casa, y los animales no estaban prohibidos de ingresar en ella. Además, al no haber divisiones internas, las mujeres podían cocinar, atender a sus niños, cuidar a sus animales, tejer, etc., todo dentro de un mismo espacio, que a la vez era una prolongación del espacio exterior. Según Stephenson, en el siglo XX, varios arquitectos propusieron reemplazar estas viviendas por otras más "modernas", pues las consideraban insalubres. Por un lado, se pretendía establecer una distinción clara entre el espacio público y el espacio privado, de manera que este último se ajustara al discurso hegemónico que asociaba al hogar con la femineidad (2001, 368). Por otro lado, la producción de espacios no solo participaba de la construcción de roles de género, sino también de la

¹⁵ Es interesante cómo Martín interpreta el comportamiento de las mujeres llallagueñas a partir de imágenes de la mujer de la tradición occidental, por ejemplo, Eva, "la que condujo al hombre a la perdición" (Bornay 80), o la "bruja", que posee "artes poderosas y peligrosas" (Gilbert y Gubar 44).

asimilación racial. De acuerdo con Stephenson, la madre prototípica boliviana que habitaría las viviendas “normativas” sería o blanca o una mestiza aculturada (2001, 370). Así, según el discurso criollo, las viviendas “normativas” producían ciudadanos ejemplares, mientras que las viviendas “primitivas” eran caldos de cultivo del desorden (1999, 67).

Aunque la novela critica las viviendas de los obreros porque son un ejemplo más de la “barbarie” producida por la compañía, detrás de esta crítica también se condena un estilo de vida distinto, en el que las fronteras entre el espacio público y el espacio privado son flexibles, y en el que las mujeres no están relegadas a las tareas domésticas. A través de la higiene se pretende disciplinar a estos sujetos, sobre todo a las mujeres, para convertirlas en madres prototípicas que, ya que no pueden ser blancas, por lo menos sean mestizas aculturadas. Si en el naturalismo argentino que estudia Nouzeilles el objetivo es identificar “los cuerpos marcados por los estigmas de la diferencia sexual, racial y económica” para expulsarlos de la comunidad nacional (27), en esta novela el objetivo no es la expulsión de lo diferente, sino su asimilación a través de la aculturación. En *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*, Mendoza afirma que “en Bolivia, las razas autóctonas quichua, aymara o guaraní están esperando aun que se les saque de su primitiva condición” (89). Así, su objetivo es convertirlos en ciudadanos modernos, y eso precisamente implica que abandonen determinadas prácticas culturales. La campaña de higiene que promueve la novela no es una terapéutica distinta del capitalismo “humanitario”. Por el contrario, es un ejemplo que ilustra cómo funciona un capitalismo basado en el altruismo: ya que las estructuras económicas se mantienen intactas, por lo menos se puede aspirar a conducir al indio al reino de la civilización a través de la higiene. Sin embargo, la novela no percibe la contradicción en el seno de su proyecto.

4. Consideraciones finales

En conclusión, *En las tierras del Potosí* puede ser leída como un intento de diagnosticar la “enfermedad nacional”. Por un lado, la novela identifica al capitalismo como la fuente de la “barbarie”: la compañía minera no solo es responsable de la resquebrajada salud física de los obreros, sino de la descomposición moral de todo el cuerpo social. En la misma línea de José Carlos Mariátegui y Tristán Marof, la novela reconoce que el problema de los llallagueños es ante todo un problema económico. Rechaza así cualquier explicación a los males de la nación basada únicamente en factores raciales o

geográficos. Sin embargo, a diferencia de Mariátegui y Marof, la novela apuesta por un capitalismo "humanitario" en lugar de un desmantelamiento de las estructuras económicas. Por otro lado, las mujeres llallagueñas son señaladas como otro obstáculo del proyecto modernizador. Su condición étnica es identificada como la causa de su desorden. Las "cholas" son una amenaza para el "futuro saludable" de la nación porque no cumplen adecuadamente con su rol materno. Así, a través de la higiene, se busca convertir las en madres prototípicas. Esa transformación, sin embargo, implica su aculturación. La campaña de higiene promovida por la novela muestra cómo opera el capitalismo "humanitario": las estructuras económicas se mantienen intactas, pero sus efectos nocivos se aminoran a través de prácticas humanitarias. Si bien por un lado la novela confía en la posibilidad de disciplinar los cuerpos desordenados, por otro, es pesimista en tanto el mismo médico reconoce su impotencia frente a un sistema económico que sume a los llallagueños en la "barbarie" a pesar de sus esfuerzos por civilizarlos.

De este modo, *En las tierras del Potosí* puede ser leída como una novela de tesis fallida. Según María de los Ángeles Rodríguez Fontela, la novela de tesis es aquella que se propone "demostrar la validez de una ideología determinada" (277). Rodríguez Fontela advierte que la novela de tesis carga "una contradicción interna, antinomia intrínseca entre los dos discursos fundamentales del género: entre la vocación de independencia literaria, la multivocidad del discurso novelístico y la ambigüedad semántica de la historia de ficción, por una parte, y la instrumentalización didáctica de la historia, y la univocidad y monosemia del discurso retórico, por otra" (278). No obstante, en última instancia, aunque la novela es un instrumento ambiguo, la tesis se impone sobre cualquier otro significado. Sin embargo, en *En las tierras del Potosí*, aunque el diagnóstico de la enfermedad nacional es claro, la ambigüedad de la terapéutica no se resuelve. La novela no percibe la contradicción en el seno de su proyecto: su empresa civilizadora continuará truncada mientras no se transformen las estructuras económicas que producen la "barbarie".

Bibliografía Citada

ALONSO, Ricardo N. 1995. *Diccionario minero. Glosario de voces utilizadas por los mineros de Iberoamérica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- AMES, Patricia. 2013. "Niños y niñas andinos en el Perú: Crecer en un mundo de relaciones y responsabilidades". *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 42 (3): 389-409. [<https://journals.openedition.org/bifea/4166>] página descargada el 4 de octubre, 2022.
- ARGUEDAS, Alcides. 1909. *Pueblo enfermo. Contribución á la psicología de los pueblos hispano-americanos*. Barcelona: Vda. de Luis Tasso.
- BECKMAN, Ericka. 2012. *Capital Fictions: The Literature of Latin America's Export Age*. Minneapolis, MN.: University of Minnesota Press.
- BORNAY, Erika. 1995. *Las hijas de Lilith*. Segunda edición. Madrid: Cátedra.
- DÍAZ MARCOS, Ana María. 2006. "Ciudad, abierto bazar: Consumo femenino y espacio urbano en la novela de Galdós". *Mujeres, espacio y poder*. Mercedes Arriaga Flórez et al., eds. Sevilla: Arcibel. 213-223.
- FOUCAULT, Michel. 1984. "The Politics of Health in the Eighteenth Century". *The Foucault Reader*. Paul Rabinow, ed. New York: Pantheon Books. 273-289.
- GILBERT, Sandra M. y Susan Gubar. 1984. *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Carmen Martínez Gimeno, trad. Madrid: Cátedra.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz. 2001. "The Teaching Machine for the Wild Citizen". *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Ileana Rodríguez, ed. Durham and London: Duke University Press. 313-340.
- MARIÁTEGUI, José Carlos. 2007 [1928]. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- MAROF, Tristán. 1926. *La justicia del inca*. Bruselas: Librería Falk Fils.
- MEDEIROS, María Teresa. 1969. *El hombre y la tierra de Bolivia en dos obras de Jaime Mendoza (Estudio crítico y bibliográfico)*. La Paz: Editorial Los Amigos del Libro.
- MENDOZA, Jaime. 1925. *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*. Sucre: Bolívar.
- . 1973 [1911]. *En las tierras del Potosí*. La Paz: Puerta del Sol.
- NASH, June. 1979. *We Eat the Mines and the Mines Eat Us. Dependency and Exploitation in Bolivian Tin Mines*. New York: Columbia University Press.
- NOUZEILLES, Gabriela. 2000. *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- PAZ SOLDÁN, Edmundo. 2003. *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*. La Paz: Plural Editores.
- RODRÍGUEZ FONTELA, María de los Ángeles. 1996. *La novela de autoformación. Una aproximación teórica e histórica al "Bildungsroman" desde la narrativa española*. Oviedo, Kasel: Universidad de Oviedo, Reichenberger.
- SALMÓN, Josefa. 1997. *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia 1900-1956*. La Paz: Plural Editores.
- STEPHENSON, Marcia. 2001. "The Architectural Relationship between Gender, Race, and the Bolivian State". *The Latin American Subaltern*

- Studies Reader*. Ileana Rodriguez, ed. Durham and London: Duke University Press. 367-382.
- . 1999. *Gender and Modernity in Andean Bolivia*. Austin: University of Texas Press.
- TAMAYO, Franz. 1996 [1910]. *Creación de la pedagogía nacional*. La Paz: Juventud.
- WILSON, Fiona. 2004. "Indian Citizenship and the Discourse of Hygiene/Disease in Nineteenth-Century Peru". *Bulletin of Latin American Research* 23 (2): 165-180.
- ZOLA, Émile. 1893. "The Experimental Novel". *The Experimental Novel and Other Essays*. Belle M. Sherman, trans. New York: The Cassell Publishing Co. 1-54.
- ZULAWSKI, Ann. 2007. *Unequal Cures. Public Health and Political Change in Bolivia, 1900-1950*. Durham and London: Duke University Press.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).